

Santiago Carbonell Martínez (2021): *Cuando las ovejas griegas balan: Historia de la pronunciación erasmiana en Grecia y la tradición escolar hispana*, Universitat Jaume I, Castellón de la Plana, 332 pp.

*Cuando las ovejas griegas balan: Historia de la pronunciación erasmiana en Grecia y la tradición escolar hispana* constituye un estudio monográfico sobre la ya larga y polémica cuestión entre filólogos, desde que se asentaron las bases de las hipótesis erasmianas en el siglo XVI hasta hoy, sobre la pronunciación del griego antiguo. Se pretende con la publicación de este libro ofrecer un análisis de la historia de la pronunciación griega, tal y como reza el título, a través del tiempo.

El volumen que nos ocupa está introducido por un prólogo a cargo del escritor, profesor y helenista Pedro Olalla, cuyo título es «La manzana de la Discordia» (Τὸ μήλον τῆς Ἐριδος). En él, se presenta a la lengua griega como un elemento que ha sido redescubierto a lo largo de los siglos por los helenistas occidentales, con su consecuente reconstrucción y posterior crisis a propósito de la pronunciación entre helenistas. En último lugar, dedica algunas palabras a la manera de pronunciar los textos griegos clásicos en Grecia aportando ciertos ejemplos personales y su opinión al respecto.

Tras este prólogo se encuentra la «Introducción»; en ella el autor plantea el estado de la cuestión y ciertos hechos que le animaron a escribir este volumen, como el desconocimiento por parte de muchos docentes y estudiosos sobre ambos modelos de pronunciación y sus ventajas o inconvenientes a nivel pedagógico. Con ello, comenta experiencias personales como investigador y docente de griego —tanto clásico como moderno— y los aspectos positivos y negativos que de estas extrae. Esta es una introducción programática, que le sirve al autor para dejar clara su postura a favor de la pronunciación histórica griega.

El volumen está dividido en seis capítulos, correspondiendo cada uno a un siglo desde la aparición de las teorías erasmianas hasta la actualidad. Trata en cada uno de ellos de exponer la situación general de cada época a modo de introducción

del capítulo, para pasar seguidamente a desarrollar y justificar los autores que trata con ejemplos extraídos de sus obras. Resultan interesantes y útiles para el lector los fragmentos de los helenistas que se incluyen a lo largo de los capítulos.

En el primer capítulo, «Siglo XVI», se centra en la llegada de eruditos bizantinos a las cortes y universidades europeas de Occidente tras la caída de Constantinopla, maestros de los humanistas entre los que se encuentra Erasmo de Róterdam, quien, en palabras del autor, «marca un antes y un después en la filología clásica». Con anterioridad, ningún estudioso se había planteado seriamente la cuestión de la pronunciación hasta Antonio de Nebrija, entre otros; no será hasta el siglo XVI que se desata un enfrentamiento secular entre los seguidores de la pronunciación histórica y tradicional (los reuchlinianos, por el filólogo alemán Johannes Reuchlin) y los partidarios del modelo que proponía Erasmo. El primer lugar donde empieza a ganar fama es Inglaterra no por razones filológicas, sino por motivos de índole política y religioso. De hecho, se llegó a prohibir la pronunciación erasmiana mediante un edicto promulgado en Londres sin mucho rigor. Explica el autor que, aunque continuó especialmente en Alemania y fue ganando seguidores en los siguientes siglos, los intelectuales griegos en Europa se iban a oponer a la difusión de este nuevo modelo. Comenta asimismo la situación concreta en España durante el siglo XVI, siglo en el que comienza un despertar de los estudios helénicos.

Mientras que la disputa se había centrado hasta ahora en la pronunciación original del griego, en el siglo XVII, al que el autor dedica el segundo capítulo, cambiará el panorama hacia la cuestión de la utilidad de los acentos. Esta nueva teoría fue elaborada por Isaac Vossius, quien consideraba que los acentos ortográficos no tenían relación con la verdadera pronunciación; esta teoría fue bien recibida en su país, Holanda, y Alemania. De hecho, Heinrich Christian Henning, uno de sus mayores defensores, escribió un opúsculo que instaba a adoptar la prosodia del latín y la ley de la penúltima sílaba para la acentuación griega, práctica calificada como «aberrante» en este volumen. A pesar de que no existieron aportaciones novedosas en este tiempo, el autor hace mención del helenismo novohispano, destacando la tendencia erasmiana con ejemplos como la *Gramática* mexicana de fray Castillo.

El tercer capítulo está dedicado al siglo XVIII, Siglo de las Luces, época en la que el sistema erasmiano continuó extendiéndose. El autor comenta varios ejemplos, como el caso de Inglaterra, donde se impuso el sistema erasmiano desde el inicio del reinado de Isabel I o el de Alemania, donde se empezó a implantar y a difundir al resto de Europa y, además, trata de arrojar luz sobre la situación en la que se encontraba Grecia, todavía sometida por los turcos, y los contactos académicos y comerciales que permitían a algunos europeos conocer la lengua helena. Se explican además las razones por las cuales el debate sobre la correcta pronunciación del griego adquiriría connotaciones ideológicas más que filológicas en el país heleno. En nuestro país se refleja la situación que encontramos en Europa, a pesar

de que los estudios helénicos se encontraban en declive. En cuanto a Grecia, menciona algunos autores que respondieron al intento de reconstrucción de la pronunciación del griego antiguo, como el diplomático Aléxandros Heladios en Alemania o el jesuita Velastis en Italia.

En lo que concierne al cuarto capítulo, el autor esclarece la situación del siglo XIX, justo cuando el país heleno consiguió la independencia gracias a la Revolución de 1821, una época en que el modelo tradicional griego de pronunciación consiguió mayores adhesiones. Se muestran asimismo algunos ejemplos de detractores de la pronunciación erasmiana en distintos países europeos. En esta época jugó un papel primordial la Ilustración neohelénica y sus representantes, pues hicieron resurgir la cuestión de la pronunciación también desde fuera de sus fronteras. No faltaron, por supuesto, los seguidores de Erasmo; como bien apostilla el autor, la controversia se acrecentó más aún a causa de teorías como la del historiador austríaco Fallmerayer sobre la corrupción racial que sufrió el pueblo griego. Con respecto a los EE. UU., varios fueron los eruditos griegos que intentaron racionalizar el asunto estableciendo las diferencias lingüísticas entre el periodo antiguo y el moderno; entre ellos señala el autor a Sophocles, quien además separaba por primera vez el asunto de la pronunciación de la cuestión identitaria nacional. Se detiene, además, en el panorama hispano y comenta el escaso estudio del griego en España, donde la cuestión de la pronunciación interesaba poco; esto se unía a la falta de uniformidad entre los helenistas, esquema es el que se repetirá en Iberoamérica.

En el siglo XX, época a la que se dedica el quinto capítulo, la pronunciación erasmiana acaba por imponerse de manera generalizada en Europa y EE. UU., aunque el asunto de la pronunciación siguió siendo objeto de análisis y reflexión entre los griegos. El autor destaca el caso de Hatzidakis, uno de los primeros lingüistas que dejó de interpretar como acusaciones las hipótesis de reconstrucción del griego antiguo y que destacó por su estudio sobre las diferencias entre el griego antiguo, el medieval y el moderno. Además, señala que en Europa los helenistas seguían cuestionando la poca fiabilidad de las teorías erasmianas en la práctica. Se estudian también los casos de los neohelenistas Hesseling y Pernot, quienes expresaban sus dudas acerca de la corrección de las distintas tradiciones escolares erasmianas por estar desfasado. En cuanto a nuestro país, ya casi todos los estudiosos se decantan por el sistema erasmiano, de hecho, en la mayoría de los métodos escolares no se menciona el asunto de la pronunciación, sólo se exponen en las gramáticas el cuadro del alfabeto con breves notas aclaratorias.

Analiza además la situación tras la Segunda Guerra Mundial en Europa en general, en concreto en Grecia tras la salida de las tropas alemanas del país heleno, y la Guerra Civil en España nombrando numerosos helenistas que publicaron obras gramaticales que aceptaban tácitamente la pronunciación erasmiana en nuestro país, entre ellos Fernández Galiano o Berenguer Amenós, tendencia que

segúan en los países iberoamericanos, aunque se puedan encontrar ejemplos de pronunciación itacista en algunas gramáticas. En el resto de Europa, matiza, hay algunas voces de autocritica todavía. A finales de este siglo, durante las décadas de los 80 y 90, la pronunciación es olvidada en los estudios y en los simposios, según señala el autor.

Para terminar el repaso histórico de la pronunciación griega, el autor se centra en el siglo XXI. Ofrece una amplia perspectiva de la actualidad, destacando el poco interés que existe en cuestionar la forma en que se pronuncia el griego, aunque precisa que el debate no ha sido olvidado por completo gracias a diversos estudiosos. Destaca que la preocupación sobre la pronunciación griega sigue latente en Grecia y prueba de ello se dio en un congreso internacional que tuvo lugar en Dion a principio de los 2000, aunque muchos de los helenistas e intelectuales griegos han abandonado en el terreno práctico el debate de manera definitiva. Aun así, sigue habiendo secuelas de la polémica, a pesar de que hay una clara tendencia a la normalización, ya que en algunos manuales griegos se incluyen audiciones de textos con pronunciación reformada para fines didácticos en secundaria. Indica que las dudas que se han planteado en la sociedad griega acerca de la enseñanza del griego antiguo en las escuelas han llevado a buscar nuevos objetivos y enfoques metodológicos, mientras que la asignatura de Latín ha ido desapareciendo.

El caso contrario sucede en España, y así lo constata el autor, dando paso a una sucesión de protestas en la red, reivindicaciones y manifiestos, pero sin una discusión interna sobre la pronunciación escolar. Pocos son los autores discordantes, solo alguna gramática trata el asunto y ofrece la pronunciación tradicional griega; los libros de texto actuales tampoco tratan el asunto. En Hispanoamérica la situación no cambia mucho y se acaba interrumpiendo la corriente reuchliniana que se daba en países como México, Cuba, Colombia o Venezuela a principios del siglo XX. En los últimos años, y así lo recoge el autor, han aparecido algunos trabajos que resumen la postura neoerasmiana actual, pero que se muestran reticentes a una posible introducción de la pronunciación histórica griega.

*Cuando las ovejas griegas balan: Historia de la pronunciación erasmiana en Grecia y la tradición escolar hispana* es un volumen que contribuye a la puesta en valor de una cuestión ya más que centenaria, que afecta tanto a investigadores como a docentes. Se pretende dar una visión global de los cambios de preferencia por una u otra dentro de cada época, así como de los filólogos y helenistas que han tenido un papel importante en esta historia de la pronunciación.

Alba Pozuelo Lobillo